





**EL BANCO  
DE CARMEN**  
**MANUEL LOSADA**

Platero  
COOLBOOKS 

Título: El banco de Carmen

Primera edición: enero, 2025

© 2025, del texto Manuel Losada.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-93-1

*Mi agradecimiento incondicional a todos los que han  
colaborado en la creación de esta novela.*



# ÍNDICE

CAPÍTULO 1.....	9
CAPÍTULO 2.....	13
CAPÍTULO 3.....	17
CAPÍTULO 4.....	19
CAPÍTULO 5.....	23
CAPÍTULO 6.....	27
CAPÍTULO 7.....	31
CAPÍTULO 8.....	35
CAPÍTULO 9.....	39
CAPÍTULO 10.....	45
CAPÍTULO 11.....	49
CAPÍTULO 12.....	57
CAPÍTULO 13.....	77
CAPÍTULO 14.....	89
CAPÍTULO 15.....	93
CAPÍTULO 16.....	99
CAPÍTULO 17.....	103
CAPÍTULO 18.....	107
CAPÍTULO 19.....	113
CAPÍTULO 20.....	117
CAPÍTULO 21.....	121
CAPÍTULO 22.....	125
CAPÍTULO 23.....	129
CAPÍTULO 24.....	137
CAPÍTULO 25.....	141

CAPÍTULO 26.....	145
CAPÍTULO 27.....	149
CAPÍTULO 28.....	155
CAPÍTULO 29.....	161
CAPÍTULO 30.....	167
CAPÍTULO 31.....	171
CAPÍTULO 32.....	175



## CAPÍTULO 1

El neón rosa del letrero del Touliña titilaba en la húmeda noche barbazana. En su interior, el bar bullía de vida y alegría. La música, una mezcla de reguetón y pop, retumbaba en las paredes, invitando a perderse en el ritmo. En una esquina, Carmen y sus amigos, un grupo variopinto de almas inquietas, brindaban con sus copas.

La semana había sido una pesadilla: exámenes, trabajos, problemas familiares... Todo parecía conspirar para agotar sus energías, pero aquí, entre la multitud y la música atronadora, podían olvidarse de todo.

—¿Quién necesita la realidad cuando tenemos esto? — exclamó Diego, levantando su copa.

Los demás asintieron, sus rostros iluminados por las luces multicolores del local. Paula, la más introvertida del grupo, se limitó a sonreír y dar un pequeño sorbo a su bebida.

Carmen observó a sus acompañantes y sintió una oleada de afecto. Habían pasado por tanto juntos, y siempre habían estado ahí para apoyarse mutuamente. Pero, a veces, se preguntaba si esta era la vida que quería llevar. ¿Sería siempre así?, ¿pasando de un fin de semana a otro, buscando refugio en el alcohol y la música?

El aire del bar del paseo marítimo estaba cargado con el aroma del alcohol y las risas de la juventud. Todos los amigos habían decidido celebrar a lo grande esa noche, olvidándose de las preocupaciones diarias.

Sentada en una mesa en el centro del bar, ella levantó su copa, riendo junto a Carla, Eva, Paula, Elena, Murilo y Diego. Habían empezado la noche con cerveza, pero pronto los cócteles y los combinados se convirtieron en los protagonistas. Cada ronda traía consigo nuevas bromas y anécdotas, y la camaradería del grupo era palpable.

—¡A nuestra salud! —brindó Murilo, su rostro iluminado por la emoción del momento.

—¡Salud! —respondieron todos al unísono, chocando sus vasos.

La música cambiaba constantemente, manteniendo la atmósfera festiva. Los cuerpos se movían al compás, perdiéndose en la multitud que llenaba la pista de baile improvisada en el centro del bar. Carmen se unió a la masa de gente, dejando que la música la guiara. Sus pies parecían flotar y su risa se mezclaba con la de otros, creando una sinfonía de alegría y desenfreno.

Horas más tarde, el local comenzaba a vaciarse, pero la pandilla aún estaba allí, aferrándose a los últimos momentos de la noche. Sus cuerpos estaban cansados, pero sus espíritus seguían eufóricos. Decidieron que era hora de irse, pero no sin antes tomar una última copa en otro lugar.

—Voy al baño, no os vayáis sin mí —dijo Carmen, tambaleándose ligeramente mientras se dirigía hacia la parte trasera del establecimiento.

Paula asintió, observándola con una mezcla de diversión y preocupación. Sabía que ella había bebido más de la cuenta, pero también sabía que estaba en un entorno familiar. Aun así, la noche ya había avanzado demasiado y todos estaban exhaustos.

Al salir del baño, se encontró con sus amigos en la puerta de la terraza. El aire fresco de la noche le dio un pequeño golpe de sobriedad, pero no lo suficiente como para aclarar su mente nublada por el alcohol.

—Vamos, creo que es hora de irnos —dijo Eva,

intentando mantener el equilibrio.

El grupo caminó lentamente por el paseo marítimo, riendo y tropezando con las farolas que iluminaban su paso. Al llegar a un parque cercano, decidieron sentarse un momento para descansar. Carmen, sintiéndose mareada, se dejó caer en un banco.

—Solo un momento, necesito descansar un poco —murmuró, cerrando los ojos.

Sus amigos, igualmente cansados y ebrios, decidieron que también necesitaban un respiro. Se sentaron a su alrededor, hablando en voz baja. Poco a poco, la conversación fue decayendo y el cansancio empezó a vencerlos. Uno a uno, comenzaron a levantarse, listos para irse a casa.

—Vamos, te llevamos a casa —dijo Carla, sacudiéndola suavemente.

Pero la joven no respondió. Estaba sumida en un sueño profundo, su respiración suave y regular. Paula intentó despertarla de nuevo, pero fue en vano. Los chicos, ya agotados, se miraron entre sí, indecisos.

—La dejaremos aquí un momento, tomamos la última copa ahí al lado y volveremos a por ella —dijo Diego, convencido de que era la mejor opción en ese momento.

Los amigos se alejaron, prometiendo vigilarla desde la puerta del bar que estaba a escasos metros de ella. Ella quedó sola en el banco, la bruma del alcohol la iba envolviéndola en un sueño profundo. La oscuridad del parque la rodeaba, solo interrumpida por la luz tenue de una farola parpadeante.

El tiempo pasó y la joven siguió dormida, ajena a su entorno.

La noche había cedido su dominio al amanecer y la tímida claridad del alba se filtraba a través de las hojas de los árboles, iluminando suavemente el parque.

Ella seguía en el banco, su figura inmóvil contrastando con el despertar del nuevo día. Mientras el mundo

comenzaba su rutina, los recuerdos de la intoxicada flotaban en el aire, una silenciosa historia esperando ser contada.

## CAPÍTULO 2

La joven había nacido en un pequeño pueblo de Boiro, donde el mar y la montaña se encontraban en un abrazo eterno. Desde niña, había demostrado una curiosidad insaciable y una energía contagiosa. Sus padres, María y Antonio, la adoraban y siempre habían alentado su espíritu libre y su deseo de explorar el mundo.

En el colegio, era una estudiante destacada. Amaba la literatura y la historia, perdiéndose en los mundos que los libros le ofrecían. Soñaba con viajar, conocer otras culturas y escribir sobre sus experiencias. Sus profesores veían en ella un potencial inmenso y la animaban a seguir sus pasiones.

A los dieciocho años, dejó su hogar para estudiar periodismo en la Universidad de Santiago de Compostela. La ciudad, con su mezcla de lo antiguo y lo moderno, la fascinaba. En la facultad, encontró un grupo de amigos con los que compartía su amor por la vida y sus ansias de aventura, pero los fines de semana, de regreso en Boiro, ella quedaba con su pandilla de toda la vida. Paula, Eva, Elena, Carla, Murilo y Diego se convirtieron en su familia elegida, y juntos navegaban las aguas turbulentas de la juventud.

La joven se destacó de los demás en sus estudios universitarios de primer año. Sus artículos en el periódico estudiantil eran leídos con avidez, y su voz comenzaba a resonar en la comunidad académica. A menudo, se preguntaba si estaba siguiendo el camino correcto, pero su pasión por

contar historias y su deseo de justicia social la mantenían firme en su elección.

Sus padres estaban orgullosos de ella, aunque a menudo preocupados por su bienestar y los riesgos en la ciudad. Ella les escribía mensajes y llamaba regularmente, asegurándoles que estaba bien y que estaba muy contenta. Sin embargo, la vida universitaria no estaba exenta de dificultades. Los exámenes, las fechas límite y los problemas personales a veces la abrumaban. Pero siempre encontraba un refugio en sus amigos del pueblo y en las noches como la que acababa de pasar, donde podía olvidar sus preocupaciones y simplemente ser ella misma.

La relación con ellos era profunda y sincera. Paula, con su naturaleza introvertida y su amor por la música, encontraba en ella un equilibrio perfecto. Murilo, el alma de la fiesta, siempre estaba listo para hacer reír a todos y animar las situaciones más tensas. Diego, con su carisma y su determinación, era el líder natural del grupo y, sin duda, había sido siempre el amor platónico de la chica. Carla era la protectora, la madura del grupo que velaba por que todos estuvieran bien. Elena era la bromista, descuidada y sin duda la más aventurera. Eva poseía el don de la empatía, ayudaba a todos en cualquier situación y siempre descolgaba al primer tono de llamada si alguien la necesitaba. Juntos formaban una unidad inquebrantable.

El destino, sin embargo, tenía sus propios planes. La noche de fiesta en el Bar Touliña había sido un intento de escapar de las tensiones acumuladas. Ella había bebido más de lo habitual, dejando que el alcohol y la música la envolvieran en un estado de ausencia.

La joven de ojos vivaces tenía una curiosidad innata que la llevaba a descubrir el mundo más allá de las olas que acariciaban la playa de Barraña. Desde pequeña, Carmen soñaba con convertirse en periodista, un anhelo que la llevó a abandonar el calor familiar de su pueblo para aventurarse

en Santiago de Compostela, la histórica y vibrante ciudad universitaria donde completaría sus estudios de periodismo costase lo que le costase.





## CAPÍTULO 3

Siempre había sido una niña inquieta, con una energía inimaginable que la llevaba a explorar cada rincón de su pueblo. Sus amigos compartían su entusiasmo por las aventuras, y juntos formaban un grupo inseparable que llenaba de vida y risas las calles empedradas y las playas doradas de su hogar.

La infancia de la joven estuvo marcada por innumerables escapadas y descubrimientos. Recuerda con especial cariño aquel verano en el que descubrieron la cueva escondida detrás de la cascada. Fue Diego con Elena quienes, con sus espíritus curiosos, sugirieron que siguieran el estrecho arroyo que se adentraba en el bosque. Ella, siempre dispuesta a liderar una expedición, encabezó la marcha, seguida de cerca por Carla, Paula, Eva y Murilo.

La cueva resultó ser un mundo mágico para ellos. Su entrada oculta tras el velo de agua les dio la sensación de estar descubriendo un lugar secreto que solo ellos conocerían. Pasaron horas explorando las estalactitas y estalagmitas, inventando historias sobre tesoros escondidos y piratas que alguna vez habrían utilizado la cueva como refugio. Aquellos días estaban llenos de la alegría pura que solo los niños pueden experimentar, donde cada descubrimiento se convertía en una aventura inolvidable.

A medida que crecían, sus aventuras se volvieron más complejas y desafiantes. En su adolescencia, la pandilla

encontró nuevas formas de mantener viva la emoción de sus momentos de infancia. Paula, con su pasión secreta por la astronomía, introdujo al grupo en las noches de observación de estrellas. Subían a la colina más alta del pueblo, lejos de las luces de las casas, y se tumbaban sobre mantas para contemplar el cielo nocturno. La joven les enseñaba a identificar constelaciones y planetas, mientras Murilo, con su habilidad para contar historias, inventaba relatos sobre monstruos y seres mitológicos basados en las figuras celestiales que veían.

Uno de los veranos más memorables de su adolescencia fue cuando decidieron construir una balsa para navegar en la playa de Mañons. Fue Diego quien, siempre ingenioso, propuso la idea. Con el entusiasmo y la determinación que los caracterizaba, comenzaron a reunir materiales: troncos, sogas y tablas viejas. Carmen, con su naturaleza práctica, se encargó de planificar la estructura, mientras Carla, Elena, Eva y Paula recolectaban todo lo necesario. Murilo, con su fuerza y habilidad manual, se encargó de las tareas más pesadas.

Construir la balsa fue un trabajo arduo, pero el esfuerzo valió la pena. El día del lanzamiento, se reunieron en la orilla de la playa, sus corazones latiendo de emoción. Con cuidado, empujaron la balsa al agua y subieron uno por uno. La sensación de libertad al deslizarse por el mar, sintiendo el viento en sus rostros y el sol en sus espaldas, fue indescribible. Pasaron el día navegando, riendo y disfrutando de su éxito.

A medida que avanzaban hacia la adolescencia tardía, comenzaron a enfrentar desafíos más personales y profundos. Las preocupaciones sobre el futuro, las relaciones y la identidad se volvieron más prominentes. Sin embargo, su amistad permanecía como un ancla que los mantenía firmemente conectados.

## CAPÍTULO 4

Carmen recordaba su primer día en Santiago de Compostela, se sintió abrumada por la magnitud de la ciudad y la agitación de sus calles. La distancia de su residencia parecía inmensa y el bullicio universitario era un contraste chocante con la tranquilidad de su pueblo natal.

Vivía en un pequeño piso de alquiler compartido con un grupo de chicas que, como ella, habían venido de fuera para estudiar en la universidad. Se encontraba en un edificio antiguo, con paredes desgastadas por el tiempo y un encantador balcón de hierro forjado desde el que podían ver la Catedral de Santiago en la distancia. Cada mañana, se despertaba con el sonido de las campanas, un recordatorio constante de la historia que la rodeaba.

Sus compañeras eran tan diversas como sus orígenes: Marta, una chica de Barcelona apasionada por el cine, Sofía, una asturiana con una inagotable pasión por la política y Lucía, una gallega que, al igual que ella, había elegido estudiar en su tierra pero lejos de su hogar familiar. A pesar de sus diferentes personalidades y costumbres, el grupo se unía en su amor por el periodismo y en la búsqueda de una vida universitaria rica en experiencias.

Solía empezar su día con una taza de café, sentada en la pequeña mesa de la cocina americana, hojeando las noticias en su portátil y haciendo anotaciones en su cuaderno. Su pasión por el periodismo era evidente en cada aspecto de su

vida. Los estudios eran intensos, con clases que abarcaban desde la redacción y la ética periodística hasta la historia de los medios de comunicación. Ella se sumergía en los temas con una determinación feroz, a menudo quedándose hasta tarde en la biblioteca para terminar sus investigaciones y prepararse para sus entrevistas.

La vida en el apartamento no siempre era sencilla. Las mañanas podían ser caóticas, con cuatro chicas intentando compartir el baño al mismo tiempo, y las noches estaban llenas de charlas interminables y risas en el salón mientras preparaban la cena juntas. Pero, a pesar de los desafíos, el ambiente era cálido y solidario. Las chicas se apoyaban mutuamente, compartiendo sus inquietudes y logros, y formando un vínculo que se volvía más fuerte con cada día que pasaba.

Un otoño particularmente lluvioso, ella se encontró enfrentando una de las pruebas más duras de su vida académica. Estaba trabajando en un reportaje importante para el periódico estudiantil sobre la situación de las pequeñas empresas en Galicia frente a la crisis económica. La investigación requería entrevistas con empresarios locales, análisis de datos y una profunda comprensión de las políticas regionales. Carmen dedicaba horas interminables a este proyecto, enfrentando desafíos logísticos y personales mientras intentaba equilibrar sus estudios y su vida social.

En uno de los momentos más oscuros de su investigación, Carmen recibió un mensaje de su madre, que contenía una simple nota de ánimo y una foto de Boiro iluminada por un majestuoso sol. Las palabras de su madre fueron un bálsamo para su agotada mente, y la foto le recordó por qué había elegido este camino. Su determinación se renovó y, con un nuevo fervor, continuó con su reportaje, encontrando inspiración en los pequeños triunfos y en el apoyo constante de sus amigas.

El día de la publicación del reportaje fue un hito para

Carmen. El periódico estudiantil había dedicado una página completa a su trabajo, y las palabras que había escrito estaban impresas en tinta, disponibles para que otros las leyeran y reflexionaran. La joven, rodeada de sus amigos y profesores, sintió una mezcla de orgullo y humildad. El esfuerzo y la dedicación que había puesto en su trabajo se habían materializado en un éxito tangible, y la satisfacción que experimentó era el resultado de un viaje lleno de retos y aprendizajes.

Con el tiempo, ella se había convertido en una figura conocida dentro del ámbito universitario, y sus reportajes comenzaron a ser destacados no solo por su calidad, sino también por la profundidad y empatía con la que abordaba cada tema. La experiencia de vivir en Santiago y compartir su vida con sus amigas de piso había enriquecido su perspectiva, dándole una comprensión más amplia de la sociedad a la que deseaba informar.



## CAPÍTULO 5

Marcos, Javier y Raúl parecían el ejemplo perfecto de lo que todo padre deseaba para sus hijos. Destacaban en los estudios, en los deportes y eran conocidos por su educación y respeto hacia todos los vecinos. Sin embargo, bajo esa fachada de perfección, existía una oscuridad que solo emergía cuando se alejaban del escrutinio constante de su entorno habitual.

Los tres jóvenes vigueses provenían de familias adineradas, cuya influencia se extendía por toda la ciudad. Sus padres eran figuras prominentes: empresarios, políticos y abogados de renombre, capaces de mover los hilos necesarios para proteger la reputación de sus hijos a cualquier costo.

Todo comenzó a desmoronarse durante un viaje a Baiona. Aprovechando la libertad y el anonimato que les ofrecía estar lejos de casa, los chicos empezaron a liberar sus impulsos más oscuros. La primera noche, se encontraron en un bar local, donde el ambiente distaba mucho de la sofisticación a la que estaban acostumbrados. A medida que avanzaba la noche y el alcohol fluía, su comportamiento se volvía cada vez más errático y agresivo.

Marcos, con su encanto natural, empezó a coquetear de manera inapropiada con una joven del lugar. Javier y Raúl, envalentonados por su amigo, comenzaron a hacer comentarios despectivos y a provocar a los lugareños. La situación escaló rápidamente hasta que estalló una pelea. Los tres

jóvenes, utilizando su superioridad física y sin ninguna contención moral, golpearon brutalmente a varios hombres que intentaron intervenir.

Cuando la policía local llegó, los encontraron aún golpeando a sus víctimas, con una expresión de frialdad en sus rostros. Fueron arrestados y llevados a la comisaría, pero no tardaron mucho en realizar una llamada telefónica. Al otro lado de la línea, sus padres movieron cielo y tierra para protegerlos. En menos de una hora, un abogado de renombre, enviado directamente desde Vigo, llegó a Baiona para encargarse de la situación.

Las víctimas fueron silenciadas con dinero, y la policía local, ante la presión de figuras tan poderosas, se vio obligada a liberar a los chicos sin cargos. El incidente fue enterrado rápidamente, y cualquier mención al mismo fue eliminada de los registros oficiales. Pero el daño ya estaba hecho; los jóvenes se dieron cuenta de que podían actuar con impunidad, sabiendo que sus familias siempre los protegerían.

A partir de ese momento, sus viajes a lugares alejados se hicieron más frecuentes y sus actos más oscuros. En un pueblo cercano a Cangas del Morrazo, dejaron a un hombre al borde de la muerte tras una disputa trivial en un restaurante. En una aldea próxima a Pontevedra, acosaron y aterrizaron a una familia local destruyendo su hogar. Cada vez que sus acciones eran descubiertas, sus familias intervenían, enterrando los incidentes bajo montañas de dinero y amenazas veladas.

La naturaleza de sus actos no solo se limitaba a la violencia física. Empezaron a experimentar con el control y la manipulación psicológica. En una ocasión, engañaron a una joven vulnerable para que los acompañara a un lugar remoto, donde la sometieron a un tormento mental que dejó cicatrices profundas en su psique. Utilizaban su inteligencia y carisma para atraer a sus víctimas, solo para revelar la monstruosidad que se escondía detrás de sus rostros



encantadores.

Su comportamiento comenzó a atraer la atención de ciertos sectores que no podían ser comprados tan fácilmente. Un profesor, intrigado por los rumores y las historias que parecían desaparecer misteriosamente, comenzó a seguir el rastro de los chavales. Descubrió patrones de comportamiento y conexiones con las desapariciones y agresiones en varios pueblos. Pero antes de que pudiera dar la voz de alarma, fue amenazado y forzado a abandonar su centro educativo.